

SUGERENCIAS

Escribe: ALVARO SANCHEZ

Que la sicología sea la ciencia del porvenir, es aseveración casi axiomática. Todas las disciplinas buscan en la sicología su orientación y acaso su fundamentación. ¿Quién podrá dudar que las ciencias de la educación hallan en las psicológicas principios y razones para mejorar sus métodos y sistemas? ¿Quién no ve muy claro que las ciencias jurídicas encuentran en el conocimiento de la *siquis* bases para levantar sus probanzas, urdir sus defensas, fundamentar sus conclusiones? ¿Y qué decir de las ciencias médicas tan positivas y experimentales? Que la sicología da a las medicinas en definitiva su eficacia. Cuántas veces sucede que un tratamiento en tanto es eficaz en cuanto el paciente se entrega confiado a su médico. Mas siendo como es tan grande la importancia de la sicología, y con ser muchas y de primera categoría las inteligencias ocupadas en estos estudios, aún hay muchos campos inexplorados, aún muchas conclusiones imprecisas.

¿Quién podrá decir, pongo por caso, que ya está definida filosóficamente la naturaleza del alma? Si el lector se toma el trabajo de hojear algunos manuales de esta apasionante disciplina hallará que la mayor parte de ellos las pruebas de un principio vital de naturaleza específicamente diverso del principio vital de los animales, son pruebas de carácter más bien metafísico que positivo, y las más de las veces repetidas hasta el cansancio. Cuán de desearse sería que los estudiosos analizaran con alguna detención las presentes sugerencias por si algún valor tienen y las aprovecharan para levantar demostraciones de carácter positivo sobre la existencia de nuestro principio vital espiritual.

Y esto no porque las razones metafísicas dejen de ser concluyentes, sino porque no todas las mentes tienen, por decirlo así, vocación filosófica. Por otra parte hay en el momento que vivimos cierta predilección por lo positivo y experimental; de no presentar argumentos de este orden en pro de la existencia del alma, acaso no falte quien concluya que la existencia del alma es más bien una fantasía metafísica, que una irrefutable realidad sobre la cual debe orientarse y dirigirse la vida... o un puro dogma de fe.

Es bien sabido que las percepciones sensibles son los puntos de partida para adelante sobre las vías del conocimiento. Son bases concretas y singulares. Hay un momento en que de lo singular se pasa a lo abso-

luto, de la experiencia sensible a los principios intocables; tránsito al parecer tan ilógico, que la avisada mente de Kant, tuvo que llegar, para hacer aceptable este tránsito, a la creación de los juicios *intéticos a priori*, y a la creación de las formas puras de la intuición sensible. Henos aquí en plena metafísica, predios peligrosos que queremos precisamente evitar.

Hay una observación positiva que, sin tocar la metafísica, podemos formular sencillamente, y que no podemos solucionar sino admitiendo la respuesta del sentido común: la existencia de un principio vital de naturaleza espiritual.

Armados de las percepciones sensibles, ascendemos sin necesidad de echar mano, como Kant de sus formas puras de intuición sensible, prescindiendo de los juicios *intéticos a priori*, (en buena lógica inadmisibles) acudiendo eso sí al poder de abstracción de que está dotada la humana inteligencia, y llegamos a la elaboración de la idea. Mas he aquí que en este punto surge una dificultad mayor acaso que la registrada por el pensador de Kenisberg, pues no es el tránsito de lo concreto a lo absoluto, sino el paso de un signo a otro signo. Mis sentidos me dicen que la tierra está quieta, y tanto, que sobre esa estabilidad construye el hombre sus ciudades, fija sus límites, levanta sus monumentos. Al abrir cada mañana los párpados encuentro que las montañas están donde estaban ayer y la línea del horizonte donde la dejé la vispera: eso me dicen las fuentes de mi sensible conocer; mas hay otras voces que me dicen cómo esas montañas marchan a velocidades insospechadas y que la línea del horizonte está a muchas millas de distancia de donde se perfilaba la vispera. Luego hay una potencia cognoscitiva que partiendo de los datos suministrados por los sentidos llega a conclusiones contrarias. No es posible, a mi ver, explicar esta realidad sino admitiendo la existencia de un principio vital de naturaleza espiritual.

Todos hemos oído exponer y comentar los extraños fenómenos del hipnotismo. Sin ninguna pretensión de abundante información, algo sabemos de lo que estableció el profesor Charcot acerca del hipnotismo. Según el eminente neurólogo se pueden comprobar tres etapas en los fenómenos hipnóticos: *hipnosis*, el paciente entra en estado de sueño provocado. Segunda, *catalepsio*, el sometido a la experimentación queda en estado de una rigidez sorprendente. Casos se han dado en que colocado el cataléptico, la cabeza en una silla, los pies en la otra un tanto distante se ha podido romper sobre él con una almádena, una laja de piedra lisa. La tercera etapa se conoce con el nombre de *sonambulismo*, sin duda es la más interesante. Recobrada la flexibilidad muscular, el paciente queda sometido a la voluntad del hipnotizador, que puede impartirle las órdenes más extrañas:

Ud. es —vaya en gracia de ejemplo— un valiente torero, (y el hipnotizado es un pacífico ciudadano).

¿Qué haría Ud. en presencia de un bravísimo toro de lidia?

Y el paciente, que ha tomado una silleta por una res brava hace una graciosa serie de revolveras.

Se puede sin duda hacer entrar en sueño hipnótico a un manso perro pastor, mas no es posible sugerirle que es un temible toro de lidia. ¿Cuál el por qué? ¿Qué causa señalar de tan extraño fenómeno? Falta la libre voluntad que el hipnotizado entregó espontáneamente al hipnotizador. Y quien dice voluntad, dice valor espiritual. Surge entonces el principio vital humano esencialmente diverso del principio vital animal.

Y es la tercera sugerencia, el fenómeno de la risa. El hombre es el único ente que ríe. Tal fenómeno es en realidad tan curioso que un filósofo de la importancia de Bergson le consagró un ensayo. *La Rire. Essai sur la signification du comique*. Lástima grande que el ilustre metafísico se hubiera preocupado más por el estudio que puede provocar la risa: lo cómico en general; lo cómico de las palabras, lo cómico de las formas, de los movimientos, del carácter; y no hubiese ahondado preferencialmente en el valor filosófico del fenómeno.

Siendo así que una situación, un gesto, un movimiento pueden mover a risa, ¿por qué el animal, que percibe gestos, situaciones y movimientos, no ríe? En primer momento, no ríe porque no capta el sentido de las palabras; estudiar esta causa nos llevaría el argumento en pro de la existencia del alma espiritual basado en la elaboración del idioma, argumento que no queremos formular por considerarlo más filosófico que positivo. Mas insistiendo en el fenómeno de la risa, ¿por qué el animal no ríe? ¿Por qué no es capaz de reír? Porque la desproporción entre el gesto, el movimiento, la forma, y el sujeto en que se cumplen no se pueden captar sin el espíritu; solo el alma espiritual capta lo cómico. Por eso comienza Bergson su ensayo por declarar: "*fuera de lo que es propiamente humano nada hay que pueda calificarse de cómico. Un paisaje puede ser hermoso, gracioso sublime, insignificante, feo, pero en manera alguna podremos calificarlo de risible*". Y si en veces reímos de un animal por el vestido que lleva, (de un vestido con levita), es por el valor humano que en un momento dado significa. He aquí como un hecho al parecer tan trivial como la risa nos está revelando la existencia de un principio vital espiritual.

Si tales consideraciones nos llevaran a deducir las consecuencias morales que necesariamente entrañan, con cuánto empeño gobernaríamos la vida para hacerla en verdad humana. Y sobre lo humano y racional, queríamos que la vida anduviese sobre las sendas de un mundo espiritual y cristiano.